

fuese el ascenso, apogeo y ruina del reino macedónico. La personalidad del autor se queda en el claroscuro de la ausencia de información bibliográfica sobre el mismo.

El capítulo II está dedicado a Justino y a su *Epítome*, incidiendo especialmente en las omisiones de Justino que son muchas; de ellas cabe deducir que Justino tiende a omitir la historia más remota así como todo lo referente a regiones periféricas y sobre todo el pasado de los pueblos bárbaros; quizás Justino pensó que asuntos tales no interesaban al hombre culto de su tiempo.

El capítulo III estudia el espacio geográfico de las *Historiae Philippicae* y los lugares citados en la obra; se evidencia que Pompeyo Trogo seguía la técnica de Heródoto: cuando aparece un lugar por vez primera, se narran los orígenes del mismo. Por ello está claro que para Trogo la geografía está al servicio de la historia. Procede Trogo de este hacia occidente, al contrario de lo que había hecho Estrabón y antes Hecateo. El carácter panhelénico de la obra se resalta en este capítulo, mientras que el interés por los galos, que a veces aflora, parece deberse a los orígenes galos del autor.

El capítulo IV versa sobre cronología como método de trabajo histórico de Pompeyo Trogo. Trogo ofrece los hechos cronológicamente, pero debidamente ordenados por materias; pero el resumen de Justino, más que sistemático, parece una mera antología.

El capítulo V se ocupa de la interpretación de la historia. La idea central de Trogo es la de una sucesión de imperios universales con un telón de fondo político. Si para Salustio el auge y esplendor romano se debe al esfuerzo y a la *virtus* de los antepasados, para Trogo, en cambio, es fruto de la *fortuna*.

El capítulo VI y último aborda la cuestión de la ideología de Trogo con el análisis de su formación intelectual, afincada en un estoicismo universalista. Su pensamiento político contempla la historia de Roma como epílogo de la historiografía helenística; no podía ser de otro modo en un profundo admirador de la cultura griega, aunque se tratara de un hombre nacido en la Galia como Pompeyo Trogo.

Cada capítulo va acompañado de una sucinta bibliografía y cierra este hermoso libro una bibliografía general. El profesor Alonso-Núñez nos ha agasajado así con uno más de sus brillantes trabajos.

SERAFÍN BODELÓN

ANTELO IGLESIAS, ANTONIO. *Judíos españoles de la Edad de Oro (Siglos XI-XII). Semblanzas, antología y glosario*. Madrid, Fundación Amigos de Sefarad-UNED, 1991, 436 págs.

El profesor Antonio Antelo Iglesias acaba de publicar en la editorial

Fundación Amigos de Sefarad y en colaboración con la UNED, un interesantísimo trabajo titulado *Judíos Españoles de la Edad de Oro (Siglos XI-XII)*. Es un tema atractivo, de gran actualidad. La celebración del V Centenario del descubrimiento de América ha sido paralela también a la del V centenario de la expulsión de los judíos de España. Este ha sido un motivo para volver los ojos a esta fuente de inspiración de la cultura e historia de España. Y en esa búsqueda se han encontrado muchas cosas. En primer lugar, el olvido secular de España, tanto del legado cultural judaico como de la profunda vinculación que, secreta pero fecundamente, ha mantenido la comunidad judía respecto a su pasado en España. Y así se han hecho gestos de acercamiento para desbloquear esa situación, como la concesión de premios y encuentros litúrgicos en la antigua sinagoga judía de Toledo.

Una lectura atenta de la obra del profesor Antelo nos pone al tanto de las carencias que España tiene con respecto a esta parte de la tradición y lo fecunda que es para su conocimiento una vuelta a las fuentes de la literatura y la ciencia judía medieval. La falta de bibliografía sobre este tema a partir del siglo XIX es palpable por parte de los historiadores medievalistas, como también lo es respecto a la cultura musulmana de esa misma época medieval.

Una vuelta a esos siglos nos hace ver la interdependencia de las tres

culturas —cristiana, judía y musulmana— en una España que invita a dialogar y convivir, en su suelo, a estas tres visiones del mundo. El resultado es una síntesis cultural fruto del encuentro y de la eliminación de las aristas individuales, que da lugar a un espíritu abierto y universal. La cultura judía aporta a esa cosmovisión medieval una dimensión política, social, económica, científica y literaria, que influye, no sólo en España, sino que se extiende también a Europa.

España debe, pues, volver a esta fuente para reencontrar una buena parte de su identidad. Somos judíos en parte. La sangre judía no sólo corrió por las venas de Teresa de Jesús o de Juan de Avila, sino por otros muchos hombres que la han ido transmitiendo de generación en generación. Y los rasgos de la identidad hebrea se mantienen constantes desde sus orígenes. El judío es un pueblo, en boca de Nietzsche, que es fiel expresión de la voluntad de poder. Una nación insignificante que, gracias a su fe, es capaz de desafiar a los imperios que la circundan y salir no sólo indemne, sino perpetuarse a través de los siglos en una idiosincrasia no contaminada. Ese pueblo descubre la belleza de la vida y lucha por ella; a la vez, percibe que todo depende de su Creador. La fe en el Dios trascendente da el esqueleto al cuerpo hebreo. Con esa fe se enfrenta a los enigmas de la vida y del mundo.

La obra del Dr. Antelo recorre, mediante los autores judíos seleccio-

nados, los diversos ámbitos de la cultura hebrea mostrándonos su inagotable riqueza: la teología, la mística, la medicina, la física, la matemática, la astronomía..., van desplegando un rico elenco de realizaciones con una sensibilidad exquisita, profundo pensamiento y riqueza de vivencias y experiencias humanas. El trabajo tiene una introducción y su estructura es la siguiente: escoge doce autores significativos de las diversas ramas de la cultura hebrea de los siglos XI y XII; hace de cada uno de ellos la correspondiente introducción biográfica y temática y, después, añade una selección de los textos más significativos de cada autor.

El primero es El Nagid (993-1056), experto en lengua árabe y muy estimado por los musulmanes. Fue un personaje destacado en la milicia y en la administración política. Es un poeta religioso y a la vez secular, con orientaciones religiosas, moralistas y filosóficas. Entre las experiencias vitales descritas destacan la guerra y la política, pero también la existencia, la muerte, el tiempo, la paz y el recogimiento.

El segundo, Ibn Gabirol (1021-1058), destaca tanto en la poesía como en la filosofía. Azuzado por la enfermedad, hizo de ésta un motivo de pensamiento y superación. Como poeta canta la belleza, el amor, la moral y también las vivencias de Israel y la liturgia sinagoga; como filósofo es un metafísico y místico de corte neoplatónico que, mediante el

autoconocimiento, la ascesis y el éxtasis, aborda las relaciones entre la fe y la razón y el hombre como microcosmos...

El tercero, Ibn Gayyat (1038-1089), es un poeta sinagoga a la vez que experto en temas de legislación judía. Es un talmudista fiel a la tradición que, como comentarista didáctico, aspira a difundir entre los fieles su concepción filosófico-teológica sobre Dios, el universo y el hombre.

El cuarto es Ibn Paq̄uda (Siglo XI), cuya obra teológico-ascética tiene un sentido religioso transcendente, típico del judaísmo, en un lenguaje inteligible.

El quinto, Mošé Ibn «Ezra» (1055-1140), destaca por su poesía. Ésta tiene tanto una dimensión secular, en que evoca el destino, la muerte, la tierra, los hijos, el amor y los placeres, como otra dimensión religiosa donde el autor entona un canto penitencial de oración de perdón, de confesión de los pecados y de amor de Dios a Israel.

El sexto, Abraham Bar Hiyya' (1065-1136), es un destacado representante de la ciencia medieval, tanto en matemáticas, como en astronomía y filosofía, e integra el conocimiento científico en su visión geocéntrica.

El séptimo, Yehudá ha-Leví (1070-1141), es una personalidad sobresaliente en la lírica y en la apologética. Como poeta lírico, de corte bíblico y nacionalista, abarca los géneros sagrados himnicos y penitenciales. Su lenguaje expresa grandeza

bíblica, armonía y gracia. Como apolo-  
gista, defiende el sionismo teológi-  
co frente al Islam y el Cristianismo, y  
se enfrenta también a la filosofía  
aristotélica que se habían apropiado  
esas dos religiones.

El octavo, Yosef ibn Saddiq  
(1075-1149), es un juez de la comu-  
nidad judía de Córdoba. Filósofo ne-  
oplatónico, identifica la profecía y la  
filosofía por el cultivo del saber en  
sus diversos grados y caracteriza al  
hombre por su anhelo de Dios y del  
saber.

El noveno, Abraham ibn «Ezra»  
(1089-1167), resplandece por su di-  
mensión universal, dominadora de to-  
dos los saberes. Más científico que  
poeta, es prototipo del judío errante.  
Su poesía tiene una originalidad te-  
mática: el realismo en su gusto por lo  
cotidiano e intrascendente, y la honda  
emoción sobre el fin de las comuni-  
dades judías bajo la dominación al-  
mohade.

El décimo, Abraham ibn Daud  
(1110-1180), es a la vez historiador y  
filósofo. Como historiador demuestra  
un interés por el pasado visto en fun-  
ción de la Alianza entre Dios y su  
pueblo. Así pues, adolece de una in-  
teligencia estrictamente religiosa de  
la historia política. Justifica y enalte-  
ce la Tradición o ley oral (rabinis-  
mo), frente a la tendencia exclusivis-  
ta de reconocer sólo la Ley escrita, es  
decir, la Biblia, como única autoridad  
(caraísmo). Como filósofo, es un in-  
troductor del aristotelismo en la filo-  
sofía medieval, preparando el camino

a Maimónides mediante su ensayo de  
conciliación de fe y razón.

El undécimo, Benjamín de Tude-  
la (1130-1170), es un judío navarro  
cuya importancia estriba en sus apar-  
taciones al estudio de la geografía, la  
historia y la economía medievales. Su  
*Libro de viajes* no es una mera reco-  
pilación de datos a lo largo de sus di-  
versos viajes por el Mediterráneo y el  
Medio Oriente, sino que es un infor-  
me detallado y bien circunscrito para  
lectores ávidos de conocer el medio  
geográfico, humano y comercial de  
esos lugares. Además, el tono de su  
discurso es ágil y ameno, como para  
interesar al lector en el rico caudal in-  
formativo que aporta. El itinerario co-  
mienza en Tortosa, sigue por el litoral  
mediterráneo español, francés e italia-  
no para llegar a Constantinopla, Asia  
Menor, Siria y Tierra Santa. Después,  
por Damasco y Bagdad hasta el estre-  
cho de Ormuz y más tarde Egipto.  
Vuelve hacia Sicilia y prosigue por el  
Norte de Italia, Alemania y Bohemia.  
A través de este recorrido reconstruye  
un momento de la historia mediterrá-  
nea y del Cercano Oriente en el ancho  
marco de la Diáspora.

Por último, y quizá el de mayor  
relieve e importancia de todos ellos,  
es Rabí Moisés Maimónides (1135-  
1204). Es el más ilustre de los filóso-  
fos, talmudistas y médicos judíos me-  
dievales. Representa el apogeo de un  
proceso intelectual que culmina en el  
siglo XII. Nació en Córdoba de fami-  
lia de sabios, recibiendo una esmera-  
da formación. Tuvo que huir a África

ante la persecución almohade, y más tarde emigró a Egipto, donde desarrolló toda su labor intelectual. Tres aspectos pueden distinguirse en él. Primero, el talmudista. El *Luminar* y la *Segunda Ley* le acreditan como el principal expositor y comentarista en el campo legislativo del Talmud; estas obras son una magna contribución, no sólo para la teología y el derecho judío, sino para el acervo cultural de la Humanidad. Como filósofo, su obra clave es la *Guía de los perplejos*. En ella trata de conciliar la fe y la razón desde supuestos aristotélicos, y fue esta una obra admirada y estudiada por la Escolástica cristiana occidental, contribuyendo así a la gran síntesis realizada por ésta en la madurez del pensamiento medieval. Por último, sus obras sobre medicina, compuestas en árabe, revelan simultáneamente realismo y espíritu crítico, el cual le ponía en guardia como médico frente al principio de autoridad. No es que fuese un gran médico, pero encarnó el tipo de médico sabio que cuidaba los conocimientos objetivos y los métodos científicos de diagnóstico y tratamiento.

Éste es, en síntesis, el esquema seguido por el profesor Antelo. La lectura de la obra es un magnífico recorrido a través de la cosmovisión hebrea del mundo, donde se ven tratados los temas más variados de la vida con una increíble belleza, en lenguaje ágil y alado, enriquecido con metáforas y parábolas, con un espíritu que recuerda muchas veces a

los Salmos. A través de todo ello se percibe el alma judía pendiente de su Creador, refiriéndole lo que le ocurre, postrándose ante Él; la impronta religiosa es el nervio conductor de todos esos escritos. En definitiva, una lectura estimulante que lleva a empatizar con esos autores y a seguir profundizando en sus escritos.

MANUEL SUANCES MARCOS

BELLOSO, NURIA. *Política y Humanismo en el siglo XV; el maestro Alfonso de Madrigal, El Tostado*. Serie Derecho, 13. Valladolid: Secretariado de Publicaciones de la Universidad, 1989, 190 págs.

La figura de Alonso de Madrigal ha despertado en los últimos años un interés más que justificado dada la diversidad, extensión y complejidad de su obra, características éstas que, por otro lado, han supuesto también el mayor obstáculo a la hora de abordar los inmensos quince volúmenes que componen sus *Opera omnia*. Olvidar el carácter interdisciplinar que requiere la lectura de la producción de El Tostado puede conducir a una visión simplista, que sólo se salva desde una perspectiva que considere tanto el molde literario como el contenido a la luz de la tradición universitaria, así como de las corrientes intelectuales y cortesanas que, más o menos afines a